



# GEORGE HARRISON

BEATLE A SU PESAR

PHILIP NORMAN

LIBROS CÚPULA

# GEORGE HARRISON

BEATLE A SU PESAR

PHILIP NORMAN

Traducción de  
Cillero & de Motta

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Publicado originalmente por Simon & Schuster UK en 2023.

© Philip Norman, 2024  
© de la traducción: Cillero & de Motta  
© de las fotografías del cuadernillo: Getty Images & Alamy

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.  
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2024  
Depósito legal: B. 21.280-2023  
ISBN: 978-84-480-4081-9  
Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio  
*Printed in Spain* - Impreso en España



## SUMARIO

Prólogo: Una carcajada final que no se acaba 7

### PRIMERA PARTE

«Cuida de él porque va a ser especial» 21

«Estaba tan en segundo plano que era como el hombre invisible» 43

«Tocar solo acordes era mejor que no tocar nada» 59

«Desde aquel día no se me volvió a pasar por la cabeza  
la idea de trabajar de nueve a cinco» 69

«Éramos como huérfanos» 83

«Mi primer polvo [...] fue con Paul, John  
y Pete Best mirando» 91

«El primer grupo de rock *and dole*» 107

«Era el mejor sonido de todos los tiempos» 125

### SEGUNDA PARTE

«Siempre fui bastante bestia con George» 147

«Aprendí a pensar como un espía, a no dejar ni huella» 167

«La única mala cara de un Beatle captada por una cámara» 185

«Hasta aquí. Ya no soy un Beatle» 207

|   |     |
|---|-----|
| «Lo que siento al meditar»                                    | 223 |
| «Por favor, no penséis que me he vuelto majara»               | 235 |
| «No os metáis con los Hell's Angels»                          | 249 |
| «Ansiaba convertirse en un ser espiritual»                    | 273 |
| «Eso fue muy descarado por su parte. A veces, George era así» | 293 |
| «El nuevo hogar del Beatle George: con torres y todo»         | 309 |

TERCERA PARTE

|  |     |
|--|-----|
| «Garbo habla y Harrison es libre»  | 325 |
| «Supongo que sigue siendo una persona con medios considerables»            | 341 |
| «La verdad es que estoy enamorado de tu mujer»                             | 347 |
| «Por la gracia de Krishna, eres uno de esos grandes hombres»               | 365 |
| «Si la gente quiere que les devolvamos el dinero, solo tienen que pedirlo» | 383 |
| «Con la colaboración especial de George Harrison»                          | 401 |
| «La entrada de cine más cara de la historia»                               | 419 |
| «Tal vez pensó que Dios se lo perdonaría»                                  | 423 |
| «Las deudas sumarían unos 32 millones de libras»                           | 443 |
| «¿Y si salimos en un yate al Pacífico Sur y huimos para siempre?»          | 461 |
| «Me están asesinando en mi propia casa»                                    | 477 |
| Epílogo: Elogio de un príncipe   | 493 |
| Agradecimientos  | 495 |
| Notas sobre las fuentes  | 499 |
| Índice onomástico  | 511 |

## «CUIDA DE ÉL PORQUE VA A SER ESPECIAL»

La infancia de John y Paul transcurrió en un barrio humilde de las afueras de Liverpool, donde tiempo atrás había castillos medievales, grandes casas de campo y esos monumentos históricos que el National Trust británico se encarga de conservar. Hoy, más que un monumento estas casas son un santuario.

Hoy, más que un monumento estas casas son un santuario. Sin embargo, la más que modesta casa natal de George en Wavertree, a un par de kilómetros de las de Lennon y McCartney, no ha alcanzado semejante honor. El número 12 de Arnold Grove sigue siendo de propiedad privada y, cosa inexplicable, ni siquiera figura una placa conmemorativa. Es un monumento no identificado; un santuario sin Beatle a quien venerar, pero, a pesar de ello, miles de fans de todo el mundo acuden a este lugar para rendirle culto desde la acera.

Los padres de George, Harold y Louise (cuyo apellido de soltera era French), se mudaron al 12 de Arnold Grove justo después de casarse, en 1931 y pagaban un alquiler semanal de diez chelines (50 peniques). Unos meses más tarde Louise dio a luz allí a una hija, también llamada Louise, y luego a dos hijos, Harry y Peter, en 1934 y 1940. George nació el 25 de febrero de 1943 en la misma habitación (y en la misma cama) que sus tres hermanos. Todavía quedaban dos años para que la Segunda Guerra Mundial acabase, pero las tornas habían cambiado y la Alema-

nia nazi empezaba a perder terreno, y el bombardeo de los muelles y las instalaciones portuarias de Liverpool de 1940 hacía tiempo que había terminado. Ya no se escuchaba el aullido de las sirenas antiaéreas al anochecer y las noches de terror agazapados bajo las mesas o en los endebles refugios Anderson habían quedado atrás.

Cuando solo tenía ocho horas de vida, mientras su hermana de once años, Louise, lo sostenía en brazos, su madre pronunció unas palabras que ella nunca olvidaría: «Cuida de él porque va a ser especial».

Su padre lo inscribió en el registro de nacimiento con el nombre de George, sin consultar a su madre. «Si es lo bastante bueno para el rey [Jorge VI] —dijo Harold—, es lo bastante bueno para él.»

Resulta irónico que, a pesar de su obsesión por la privacidad, la visión más íntima de sus primeros años se la debamos al propio George.

En 1995 los Beatles hicieron su tan esperado regreso desde hacía más de un cuarto de siglo con *Anthology*, un conjunto de álbumes dobles de grabaciones de estudio y rarezas y un documental cinematográfico en el que participaron los tres Beatles que todavía vivían, dejando a un lado sus viejas rencillas.

Al mismo tiempo, publicaron un libro de gran formato en el que contaban su historia; obviamente, en el caso de John, sus declaraciones se recopilaron a partir de entrevistas y citas anteriores, mientras que las declaraciones de los demás fueron grabadas para la ocasión. Cuando vemos a George frente a la cámara en el documental, percibimos su habitual aire reservado, cauteloso, mezclado ocasionalmente con momentos amargos.

Viendo las primeras escenas parece que estamos en el siglo XIX y no a mediados del XX, en la pequeña residencia familiar de Harrison, otra casa más, sin nada que la haga destacar de entre las más de diez mil de todo Liverpool, con sus dos pequeñas habitaciones en el piso de abajo y dos en el de arriba. La puerta de la calle daba acceso al salón que, a pesar de la escasez de espacio, era la «mejor» estancia y solo se utilizaba en ocasiones especiales.

«Tenía un elegante suelo de linóleo y tres piezas para sentarse [sofá y sillones a juego], estaba helada y allí nunca entraba nadie.»

La vida familiar se hacía en la cocina/sala de estar. Allí, dos adultos y cuatro niños compartían un espacio de no más de nueve metros cuadrados. El pequeño fuego de carbón y su rejilla de hierro proporcionaba la única calefacción de la casa y no había ni cuarto de baño ni retrete en el interior. En la pared de la puerta trasera colgaba una bañera de hojalata y en las noches en las que tocaba baño, la ponían delante del fuego y la llenaban con calderos y cazos de agua calentada en la estufa de gas.

El retrete se encontraba en el patio trasero, que estaba en su mayor parte pavimentado, aunque quedaba una estrecha franja ocupada por parterres y un gallinero. Una verja, que siempre permanecía abierta, daba a un callejón, y «por una callejuela empedrada se llegaba al matadero, donde solían matar a los caballos».

Harold Hargreaves Harrison, como muchos otros habitantes de Liverpool, había escuchado la llamada del mar y se enroló en la White Star Line, cuyo buque más famoso había sido el Titanic, y logró ascender al puesto de camarero de primera clase. Pero tras el nacimiento de su hijo mayor, Harry, regresó definitivamente a tierra y, tras dieciocho meses en paro, eran los años de la Gran Depresión, encontró trabajo en los autobuses de dos pisos de color verde oscuro de Liverpool, primero como cobrador y luego como conductor.

Harold fue conductor hasta que se jubiló y nunca ganó más de unas 7,10 libras a la semana. Sin embargo, George nunca se sintió pobre o desfavorecido y, a diferencia de sus futuros compañeros, su infancia no estuvo marcada por el trauma o la inestabilidad familiar. Harold y Louise siguieron felizmente casados; su hermana mayor y sus hermanos se llevaban bien con sus padres y entre ellos y eran bondadosos con él. Louise tenía una gran familia, de modo que tenía muchos tíos, tías y primos, y su madre, que había trabajado como farolera durante la Gran Guerra, vivía en Albert Grove, justo a la vuelta de la esquina.

George creció durante los sombríos años de la posguerra, cuando en Gran Bretaña, a pesar de salir victoriosa del conflicto, persis-



tía la escasez de alimentos y el racionamiento, que fue más prolongado que en los países del continente que habían sufrido la invasión y la ocupación, por no hablar de la propia Alemania, era la norma; eran esos años en los que los hombres todavía llevaban sus abrigos de color caqui del ejército y las mujeres, ataviadas con pañuelos o turbantes, hacían cola estoicamente en la carnicería o la pescadería; cuando ver un coche nuevo era una rareza, y si sucedía era o negro o beige; cuando los inviernos parecían más duros que nunca y hasta el mismo sol del verano parecía brillar menos.

Liverpool era un escenario de devastación que rivalizaba con el East End londinense; incluso suburbios estratégicamente insignificantes como Wavertree habían quedado destrozados por las bombas, cuyos cráteres eran conocidos en el argot local como «bombies» y a menudo quedaban minas de paracaídas sin explotar enterradas entre los escombros. Seguramente, quedarían todavía muchos «bombies» cuando George abandonó la ciudad para siempre en aquel año de 1963.

Su madre y su padre tenían caracteres distintos. Harold era tranquilo y metódico, como debe ser un conductor de autobús; Louise conservaba la vivacidad y el romanticismo de su ascendencia irlandesa, siempre presta a reír, a cantar, a celebrar. En aquella época, en Liverpool se bebía mucho y mientras que la mayoría de las mujeres optaban por la ginebra o el jerez, la bebida favorita de Louise era el Drambuie, un licor dorado cuya mezcla de whisky escocés, miel y hierbas encajaba a la perfección con su personalidad.

Su hija, a la que llamaban «Lou» para evitar confusiones, ya era adolescente cuando George todavía era un niño pequeño, de modo que ahora le tocaba a ella cuidar de él. Pero para Lou, no era una obligación. Le encantaba ponerle la ropa, llevarle de paseo y bañarle cuando era su turno en aquella bañera de hojalata frente a la estufa. Fue Lou quien le enseñó a recoger los huevos recién puestos por las gallinas sin alarmarlas y quien le ayudó a deshacerse de sus temores frente al gélido y sombrío retrete. Su sueño era ser maestra de escuela y practicaba con George enseñándole sus primeras palabras.

Años después Lou declaraba: «Recuerdo que le miraba y pensaba: “Siempre estaré aquí para ti”».

El primer interés estético de George no fue por la música, sino por la arquitectura. Se podría decir que le venía de familia, ya que su abuelo paterno había sido albañil y había ayudado a construir varias de las grandes casas eduardianas de Princes Road, Toxteth, que entonces era un lugar privilegiado para los comerciantes más ricos de Liverpool. Ya de pequeño, George sentía una atracción por «los edificios bonitos», pero no era capaz de expresarlo a los adultos, y menos aún de explicar ese vago sentimiento de anhelo que se despertaba en él.

«Siempre pensé que la vida consistía en recorrerla, en crecer y aprovechar las oportunidades, en hacer que las cosas sucedieran —recordaba—. Nunca pensé que, por ser de Liverpool, no viviría algún día en una gran mansión.»

Muy cerca de su casa en Arnold Grove se encontraba un monumento emblemático de Wavertree, Picton Clock, un reloj colocado en la parte superior de una torre erigida en 1884 por el arquitecto y filántropo sir James Picton y conocido cariñosamente como Clockie. Con su estilo sobrio y su aguja inacabada, podría haber sido como un primer boceto de esa misma «gran mansión» que vislumbraba en un futuro lejano.

Yendo de compras con Louise, a menudo veía espectáculos callejeros en los entornos más insospechados. «Había muchas personas aquí y allá, en los lugares en los que habían caído bombas, mirando como un tipo esposado y encadenado dentro de un saco trataba de escapar», cuenta en *The Beatles Anthology*. Aquella figura envuelta en sombras, aquel luchador quizá significase algo y es posible que aludiese a la vieja creencia de que, a pesar del carácter único y vibrante de esta ciudad, Liverpool era un lugar del que cualquiera con un poco de talento o ambición tenía que huir.

Y para ello también había que deshacerse de ese acento tan peculiar y tan extraño para el resto de Gran Bretaña, un acento que en su imaginario colectivo era lo más alejado que uno puede estar del glamour o el romanticismo. Liverpool fue cuna de mu-

chos artistas famosos, sobre todo de cómicos, pero todos ellos, incluso Tommy Handley, el humorista más popular de los años de guerra, en su camino hacia el éxito, lo primero que hicieron fue borrar todo rastro de su origen y emplear ese acento nasal tan artificial.

Fiel a su herencia irlandesa, Louise era católica romana, aunque solo guardaba las fiestas y días festivos más destacados. Harold no era «nada», tal y como los británicos entienden el agnosticismo, y no tuvo inconveniente en que sus hijos fueran bautizados como católicos, George incluido. La fe de su madre apelaba a sus sentidos: el olor a incienso, la luz de las velas y los santos barbudos vestidos con ropajes coloridos no distaban mucho del hinduismo que un día abrazaría con todo su corazón.

Pero George nunca tuvo que levantarse a horas intempestivas para ir a misa, ni confesarse ni hacer penitencia. Asistía a la iglesia de Louise, la de San Antonio de Padua, principalmente como miembro de su tropa de Cub Scouts y, cuando empezó la escuela, fue a la anglicana Dovedale Road Infants, en Mossley Hill, cerca de una calle sinuosa que años después se haría mundialmente famosa: Penny Lane.

Era un niño sociable al que le gustaba el deporte y participaba alegremente en los bruscos juegos de los niños, aunque era propenso, siempre lo sería, a sufrir enfermedades recurrentes y a veces preocupantes. En Dovedale, cuando Louise le llevaba cada mañana, solo mostraba una preocupación que nada tenía que ver con los profesores o con sus compañeros. Le pedía que no se acercara a la puerta del colegio por miedo a que se junta-se con las «madres cotorras» de los otros niños y se dedicara a cotillear sobre él.

A los ocho años, pasó de la escuela infantil mixta a la escuela primaria solo para chicos. En su primer año allí coincidió con el payaso de clase definitivo, un empedernido transgresor de las normas llamado John Lennon; pero como John era dos años mayor, sus caminos nunca se cruzaron.

Más tarde entabló amistad con un compañero de clase llamado Iain Taylor, un distinguido académico y geógrafo. «Lo re-

cuerdo como un buen tipo —afirma Taylor—. Venía de una zona bastante dura, pero nunca trató de estar por encima de los demás, aunque si alguien se metía con él, sabía defenderse.»

Como en la mayoría de las escuelas británicas para chicos de la época, los castigos corporales eran la norma y los infractores recibían hasta seis golpes sobre la palma de la mano con un bastón o una regla de madera. Un día, el señor Lyons, uno de los profesores, le estaba administrando un castigo a George, pero la regla golpeó accidentalmente la parte inferior de la muñeca, lo que le causó mucho dolor y un feo moratón.

En aquella época un niño de nueve años debía aceptar su castigo sin rechistar, así que George trató de ocultarle a su padre la muñeca hinchada, pero como es natural Harold se dio cuenta y le exigió una explicación. La mayoría de los padres habrían dejado pasar el incidente diciendo que eso mismo ya les había ocurrido a ellos en el colegio y nunca les había hecho ningún daño, pero Harold no lo hizo. «A la mañana siguiente, mientras estábamos en clase, se oyó un golpecito en la ventana —recuerda Iain Taylor—. Era el señor Harrison. Llamó al profesor y le dio una bofetada. De hecho, lo derribó.»

Los Harrison habían esperado varios años para ser realojados en una de las casas construidas por las autoridades locales en las afueras de Liverpool, un símbolo de los buenos tiempos que se prometían después de la guerra. En 1950, ya habían dejado el 12 de Arnold Grove y se habían mudado al 25 de Upton Green, en Speke, una casa más moderna con tres dormitorios, cuarto de baño y un aseo interior. Y aún parecía más espacioso ya que Lou, que ahora tenía diecisiete años, se había marchado a estudiar magisterio en Newcastle-upon-Tyne y nunca más volvería a vivir en la casa familiar.

Se suponía que iba a ser un paraíso de lujo y modernidad, después de vivir en un lugar como Arnold Grove, con su retrete exterior, su bañera de hojalata y sus callejones destartalados. Sin embargo, carecía del espíritu comunitario que había permitido a los habitantes de esas viejas (y «malas») zonas dejar las puertas de sus casas permanentemente abiertas. Sin tiendas ni servicios y con

el autobús de la línea 86 (que Harold Harrison conducía a menudo) como única vía de acceso hacia el centro de Liverpool, creció una sensación de aislamiento, que a menudo se expresaba a través de la embriaguez, la violencia doméstica y el comportamiento antisocial.

George recordaba más tarde que pasear por esas avenidas de casas de protección oficial en Speke era más peligroso que el más oscuro callejón de Wavertree, pues a la mínima, una mirada «rara» al macarra del lugar, o la sospecha de ello, te podía costar una paliza. Un día, un borracho escandaloso chocó contra la puerta de la casa de los Harrison, que tenía el lujo añadido de un porche acristalado, pero Louise, en un acto de valentía lo echó lanzándole un cazo de agua fría.

Vivir en Speke también sirvió para apartar a George de la fe en la que había sido bautizado y en la que su madre esperaba que se confirmara. Y es que había sacerdotes católicos que llamaban una y otra vez para pedir donativos para una nueva iglesia que iban a construir en el barrio. Louise y algunos vecinos católicos ponían a un niño pequeño a vigilar en las horas en las que solían hacer su visita para dar la voz de alarma, pero en general era inevitable que acabase apareciendo una sotana negra. Si Harold estaba en casa, a pesar de no ser católico, hacía un acto de generosidad y les daba cinco chelines, quizá más de lo que se pudiera permitir.

En sus comentarios en *Anthology* George recuerda que ya con once años era consciente de que había «cierta hipocresía» en la facilidad con la que los católicos más antisociales del barrio podían ser excusados por su mal comportamiento. «Todo el mundo sale y se emborracha; luego van a la iglesia, rezan tres avemarías y un padrenuestro y echan un billete de cinco libras en el cepillo [de la colecta]... Todo aquello me parecía muy extraño.» Esto le sucedería con muchas otras formas de culto durante muchos años.

La historia marítima de Liverpool tiene reservado un hueco para los llamados Cunard Yanks, los marineros y camareros de los transatlánticos de lujo que iban y venían de Nueva York. Eran

glamurosos, vestían ropa estadounidense, fumaban cigarrillos estadounidenses, hablaban como estadounidenses y traían nuevos discos mucho antes de que estuvieran disponibles en el resto de Gran Bretaña, si es que alguna vez lo estuvieron.

Harold Harrison había sido uno de ellos, aunque el pertenecía a la línea White Star en lugar de a la Cunard, y entre los trofeos de sus numerosos viajes transatlánticos, antes de sentar la cabeza para siempre en la década de 1930, había un gramófono de cuerda en un armario de madera y un montón de viejos discos de cera que Louise no se cansaba de poner una y otra vez.

La consecuencia es que en el 25 de Upton Green quizá se escuchase «Waitin' For a Train» de Jimmie Rodgers, «The Singing Brakeman» o «One Meatball» del cantante pionero de folk afroamericano Josh White, todos ellos acompañados de un instrumento que todavía no significaba nada para George. El primer vocalista con guitarra que conoció fue el cantante de country, Slim Whitman, cuya inquietante voz con falsete le valió su mayor éxito con el tema de la opereta *Rose Marie*.

En las listas británicas de música pop, la primera de las cuales data de 1952, figuraban sobre todo grandes estrellas estadounidenses como Eddie Fisher, Frankie Laine, Nat King Cole y Patti Paige, versiones de Dickie Valentine o Lita Roza (que era de Liverpool) y canciones de películas de Walt Disney o de espectáculos de Broadway. Los éxitos nacionales tendían a ser un tanto extravagantes, como «The Railroad Runs Through the Middle of the House» de Alma Cogan, conocida como «la chica con la risa en su voz», y «You're a Pink Toothbrush» de Max Bygraves.

«Todo eso habita en mi interior —reconoce el más serio de los músicos de rock en *The Beatles Anthology*— y puede salir a la luz en cualquier momento.» Para sorpresa de sus padres, también le gustaba George Formby, una superestrella de la década de 1930 y de los años de la guerra que cantaba canciones inocentes, pero con doble sentido como «When I'm Cleaning Windows» y «With My Little Stick of Blackpool Rock» con su particular acento de Lancashire, siempre con una enorme sonrisa y rasgueando un banjolele, un instrumento con cuerpo de banjo y mástil de ukelele.

En 1954, con once años, ganó una beca para el Liverpool Institute High School for Boys, en un barrio dominado por la presencia de la catedral anglicana. Este enrevesado nombre, inevitablemente abreviado a «el Inny», tiene su origen en el hecho de que fue fundado en la década de 1830 como instituto de educación para adultos, pero más tarde se dividió en dos para formar la escuela y el Liverpool College of Art.

Aunque formaba parte del sistema educativo estatal, el Inny presumía de los mismos refinamientos que una escuela pública como Eton o Harrow: uniforme de chaqueta negra y verde, corbata y gorra, y «maestros» en lugar de profesores con toga, con licencia para administrar castigos con bastón.

Tras sus pesadas verjas de hierro había un interior que apenas había cambiado desde época victoriana, salvo que las lámparas de gas ya no se encendían en las tardes de invierno. Su espíritu de servicio público se reflejaba en su lista de exalumnos con una distinguida carrera en política, ciencias o en el mundo académico y en su lema: *Non nobis solum sed toti mundo nati*, es decir: «No nacemos solo para nosotros, sino para todo el mundo». George, quien más tarde daría pleno sentido a estas palabras, odiaba el lugar desde que llegó.

Iain Taylor, que también venía de Dovedale, pero que iba un curso por delante de él, notó un cambio inmediato a peor. «Siempre había tenido un carácter alegre y despreocupado; ahora se había vuelto callado y resentido.»

Al obtener la beca había demostrado ser inteligente y perspicaz y su excelente memoria debería haber sido suficiente para pasar los exámenes sin problemas. Pero no soportaba la autoridad ni la coacción en ninguna de sus formas y, por norma, le iba mal en todas las asignaturas excepto en arte. Incluso en la época de *The Beatles Anthology*, cuando buena parte de su resentimiento ya se había suavizado, sus comentarios sobre el Inny rezumaban rencor. «Ahí fue donde apareció la oscuridad —afirma—. [Imitando órdenes del profesor] “Quieto, en pie, cállate, siéntate...” Fue la peor época de mi vida.»

La música carecía de atractivo ya que los únicos instrumentos disponibles para aprender eran el violín o la flauta dulce. En

lo que si ponía empeño era en evitar los rituales y rutinas escolares que consideraba inútiles; por ejemplo, a pesar de que en su interior había rechazado el catolicismo de su madre, le servía de excusa para ausentarse de la asamblea matinal porque se incluían himnos y oraciones anglicanos.

En clase se sentaba junto a un muchacho llamado Arthur Kelly, de Edge Hill, quien se había convertido en su mejor amigo desde el primer día, cuando ambos se quejaron del aire marcial, encarnado en esos uniformes de color negro y verde, frente al carácter informal de la escuela primaria.

En el Inny, Arthur se convirtió en su fiel compañero. «Nunca nos molestábamos en hacer los deberes. Cada mañana, íbamos al empollón de clase y copiábamos los suyos, retocándolos lo justo como para que el profesor no se diera cuenta. Cuando llegaban las notas siempre figuraba un comentario acerca de lo extraño que era que nuestros exámenes saliesen tan mal, teniendo en cuenta el excelente nivel de nuestros deberes.»

El tema que más le interesaba era la arquitectura. Sin duda, sus diagramas de tres altos ventanales góticos, que ilustran el: «Desarrollo de la tracería en los primeros siglos de Inglaterra, debieron impresionar a algunos de sus profesores. Fase 1, ventana de lanceta; fase 2, tracería de placas; fase 3, tracería geométrica. Cuando años después se instaló en una casa repleta de este tipo de ventanales, seguramente fue capaz de clasificarlas.

Nunca fue abiertamente rebelde, pero se juntaba con los que hacían novillos y los alumnos más vagos en un callejón apartado del patio de recreo conocido como el Rincón de los Fumadores. Estaba muy por debajo de la edad legal para fumar, pero tardó poco en fumarse tantos cigarrillos sin filtro al día que la nicotina teñía sus dedos de amarillo brillante. «Ha vuelto a fumar, Harrison, —le dijo un día un profesor con tono sarcástico al volver a clase—. Tiene los dedos amarillentos como un semáforo en ámbar.»

Cuando en 1955 el rock and roll llegó del otro lado del Atlántico, George tenía doce años. En su país de origen, aunque escan-



daloso, era reconocible como parte de la cultura nacional; una fusión de R&B negro y música country blanca, pero para la sobria Gran Bretaña de posguerra era algo que parecía surgido de la nada.

En Londres y en varias ciudades de provincia, las proyecciones de una película estadounidense llamada *Semilla de maldad* llevaron al público juvenil a destrozar las salas de cine. La película abordaba la cuestión de la delincuencia juvenil en un instituto de un barrio conflictivo, pero el origen del caos estaba en el tema que sonaba en los créditos iniciales, «Rock Around the Clock» de Bill Haley and the Comets.

Los primeros afectados por aquella locura eran algo mayores que George, pero a medida que «Rock Around the Clock» escalaba en las anodinas listas de éxitos del pop británico y el número de cines destrozados aumentaba, su curiosidad le llevó a querer gastarse dinero de su bolsillo para adquirir una copia. Le pidió a su hermano mayor, Harry, que se lo comprara, pero la tienda se había quedado sin existencias. Harry pensó que cualquier grupo estadounidense le serviría, así que trajo un sencillo de los Deep River Boys, que cantaban góspel.

La locura por Bill Haley perdió fuelle cuando este visitó Gran Bretaña. Y es que resultó ser un hombre más bien regordete, afable, de unos treinta años y con un mechón de pelo que caracoleaba por su frente como si fuese un signo de interrogación, como si él mismo cuestionase su idoneidad para ser un icono de rebeldía juvenil. Y como en prácticamente todas sus canciones figuraba la palabra «rock», incluso en el himno escocés «Comin' [ahora Rockin'] Through the Rye», acabó desapareciendo de las listas de éxitos. Al parecer el rock and roll no fue más que otra moda pasajera de Estados Unidos, como las cocteleras, los cortes de pelo y el *black bottom*.

La hermana de Arthur Kelly, Barbara, estaba prometida con un oficial de la marina mercante estadounidense. Lo llamaban Red (rojo) por su melena pelirroja y no escatimaba en regalos procedentes de su hogar, donde no existía el racionamiento. «Un día, Red trajo una caja de discos para George y para mí —re-

cuerda Kelly—. Los discos eran de un formato diferente, más pequeños, y cuando se enteró de que no teníamos un tocadiscos compatible fue a una tienda y nos compró uno. Entre los discos había algunos de Elvis Presley. Los dos dijimos: “Qué nombre más ridículo... es imposible que sea el suyo de verdad”.»

Pues lo era. Y trajo un sonido que, para aquella excitada y joven generación, después de Bill Haley and the Comets, era como pasar de la Fanta de naranja a la ginebra.

*Heartbreak Hotel* de Presley, publicado en enero de 1956, fue la voz del rock and roll: masculina, inmadura, gruñona, lasciva y angustiada, y cambió, además de instrumento central: pasó del ulular del saxofón a una contundente guitarra eléctrica.

Al mismo tiempo, llegaban desde el otro lado del Atlántico noticias sobre conciertos de Presley en los que su desinhibido lenguaje corporal (algo que siempre había sido natural entre los cantantes negros de R&B, pero que resultaba chocante en este joven blanco) hacía que las muchachas sufrieran ataques de histeria que superaban a los que las *bobby-soxers* de la década de 1940 sufrían al ver a Frank Sinatra.

La British Broadcasting Corporation (BBC) tenía el monopolio de la radio nacional y prohibió a Presley y en general el rock and roll, ya que consideraba que corrompía la inocencia juvenil. Sus letras fueron calificadas como absurdas y obscenas y en general su música fue condenada de manera unánime por periódicos, políticos, profesores, curas y casi cualquiera cuya edad superase los veinticinco años. Buena parte de las críticas se centraban en la guitarra que Presley llevaba en sus actuaciones y al hecho de que apenas la tocara. De esto se deducía que no sabía tocarla, de modo que era un estafador, en lo de la guitarra y en todo lo demás.

Hasta mediados de la década de 1950, la mayoría de los jóvenes británicos habían pasado directamente de la infancia a la madurez, vistiendo los mismos trajes grises y desaliñadas chaquetas de *tweed* que sus padres. Hizo entonces su aparición el primer *look* específicamente «joven», el de los *teddy boys*, así llamados porque sus largas chaquetas de cuello de terciopelo y sus corbatas

de cordones que tenían cierto toque eduardiano. Eran, de hecho, ligeramente anteriores al rock and roll, pero lo hicieron suyo y, con la ayuda de las *teddy girls*, algo menos elegantes, se pusieron al frente de ese peculiar estilo a la hora de destrozarse las salas de cine.

Los alumnos de trece años del Inny, como George y Arthur Kelly, no disponían de medios para adquirir ropa «Ted» auténtica que no estaba disponible en las tiendas de ropa para hombres y que había que confeccionar a medida, lo cual era caro. Sin embargo, trataron de dar a sus uniformes cierto toque a la moda, desafiando el estricto código de vestimenta impuesto por el director, J. R. Edwards, apodado «the Baz» (diminutivo de bastardo) o «the Stump» (el imbécil, en argot). «Le dábamos la vuelta a la corbata para que se viera la parte estrecha en lugar de la ancha —comenta Kelly—. También hacíamos que nuestras chaquetas parecieran simples chaquetas de color negro recortando las insignias de los bolsillos y luego, cuando llegábamos a la escuela, las colocábamos de nuevo, sujetándolas con alfileres.»

En un mundo en el que la hombría se medía por llevar el pelo corto por detrás y por los lados, al estilo militar, el rasgo más escandaloso de los *teds* eran sus alocados tupés y sus largas patillas. Casi igual de lamentables eran sus pantalones pitillo de estilo eduardiano en lugar de los pantalones anchos que tanto hombres como niños llevaban desde la década de 1920.

George tenía el pelo denso y manejable. Arthur lo describía, no sin cierta envidia, «como un jodido turbante». Le podía dar forma con facilidad para hacerse un impresionante tupé y peinarlo hacia atrás para formar un DA (*duck's arse* o cola de pato) en la nuca. Pero incluso sus padres, que eran algo más tolerantes, compartían la aversión de los adultos por los pitillos, de modo que tuvo que estrechar a escondidas sus pantalones en la máquina de coser de su madre hasta que los bajos quedasen tan estrechos como para abrazarle los tobillos.

Kelly recuerda una mañana yendo al colegio en la que observó que George iba con un ánimo diferente. Por primera vez desde que habían empezado el curso, estaba realmente emocionado.

«Hay una cosa que se llama *skiffle* —me dijo—, y tenemos que hacernos con un disco llamado *Rock Island Line*.»

El *skiffle* surgió en los años de la Gran Depresión en Estados Unidos, cuando, a pesar de la pobreza y la miseria, había muchas personas que no podían evitar el impulso de hacer música y empleaban *kazoos* y jarras, y percutían una tabla de lavar con sus dedos cubiertos con dedales para marcar el ritmo. Pero se trataba de una variante totalmente británica, una mezcla de todos los géneros de la música americana, blues, folk, jazz y góspel, que apareció en el mismo momento que el rock and roll, algo así como un pez piloto nadando junto a un tiburón.

El artista más notable, y única estrella duradera, fue un banjista de jazz llamado Lonnie Donegan que, en 1956, grabó *Rock Island Line* de Huddie (Lead Belly) Ledbetter, acompañado por un grupo de *skiffle* con ese aire humilde y melancólico de los días de la Depresión. El título era una referencia a una línea de ferrocarril de Chicago en una zona escarpada, pero la palabra «rock» fue suficiente para catapultarlo a lo más alto de las listas británicas. Incluso llegó al Top 10 de Estados Unidos, algo inaudito: músicos británicos vendiendo *americana* en Estados Unidos, algo que no se repetiría hasta bien entrada la década siguiente.

Su impacto fue muy fuerte sobre chicos como George, que eran demasiado jóvenes para vivir la experiencia de Haley y Presley con total intensidad. Gracias a sus variadas raíces estadounidenses, el *skiffle* ofrecía todo aquello que era especialmente atractivo para los adolescentes británicos: trenes de mercancías, presos encadenados realizando trabajos forzados o Nueva Orleans. Esto iba, además de la mano de un ritmo frenético, tan embriagador como el del rock and roll, pero ajeno a los disturbios y el vandalismo. Como estaba conectado con el jazz y el folk, la BBC le cedió minutos de emisión sin problemas.

Además, cualquiera se podía montar un grupo de *skiffle* como el de Donegan; solo hacía falta tomar prestada la tabla de lavar de tu madre y juntar un cajón de madera a un palo de escoba con un trozo de cuerda para obtener un bajo bastante rudimentario. Hubo centenares de ellos por todo el país con nombres rudos

como The Wreckers, The Nomads o The Cherokees. Estos jóvenes británicos, que se habrían hecho el harakiri antes que cantar en público, descubrieron que tocar era una droga y recibir aplausos, adictivo.

En la mayoría de los grupos de *skiffle* el único instrumento de verdad era la guitarra, esa inseparable compañera de los cantantes de blues, folk y country, que se convirtió en un objeto glamuroso como nunca antes. El repertorio del *skiffle* se basaba en los tres sencillos acordes del blues de doce compases, algunos de los cuales solo necesitaban un dedo, por lo que cualquiera podía ponerse a tocar algo en cuestión de minutos. Además, gracias a Elvis Presley, las guitarras eran como un imán para las chicas. Todo el mundo quería una, de modo que hubo escasez de guitarras, como la que todavía persistía con productos como la carne y el azúcar.

George siempre tuvo una salud delicada y una vez estuvo ingresado en el hospital infantil Alder Hey, aquejado de nefritis, una infección renal potencialmente peligrosa. Mientras guardaba cama durante seis semanas, con una deprimente dieta sin proteínas en la que abundaban las espinacas, decidió que tenía que tener una guitarra. Harold Harrison tuvo una durante sus días de marinero, pero hacía tiempo que había desaparecido, junto con cualquier habilidad que hubiese tenido a la hora de tocar. Con su buen ánimo de siempre, estaba encantado de que George continuara allí donde él lo había dejado y a Louise le resultaba imposible decirle que no.

Había muchas guitarras de segunda mano a la venta en Liverpool, instrumentos abandonados por marinos como Harold, y un chico llamado Raymond Hughes, a quien George conocía de la escuela primaria de Dovedale, tenía una en venta. Era un modelo de estilo español fabricado por la empresa neerlandesa Egmond encordado con cuerdas de metal en lugar de tripa, y pertenecía a la gama más barata de la marca. Pero era una guitarra. Raymond pedía 3,10 libras por ella, el equivalente al dinero necesario para vivir durante una semana, pero Louise le dio lo que necesitaba sin dudar.

La relación con esta primera manifestación del amor de su vida no empezó bien. En la parte trasera de la Egmond, donde el cuerpo se une al mástil, había un tornillo. George no pudo resistirse a aflojarlo y la guitarra quedó en dos pedazos. Sintiéndose culpable, los escondió en un armario, donde permanecieron hasta que su hermano, Peter, los encontró y atornilló de nuevo las piezas.

Con la Egmond de nuevo en sus manos, George, como dicen en Liverpool, estaba «perdido». Una instantánea familiar de la época nos muestra a George, con su silueta flacucha, un Elvis en miniatura, sobre un fondo de floridas cortinas del salón, con una mirada como de éxtasis sobre su serio semblante.

Arthur Kelly también había conseguido que sus padres le regalaran una guitarra, bastante más cara que la de George, y Harold se apañó para que ambos recibieran clases de un amigo llamado Len Houghton que tocaba de forma semiprofesional con bandas de baile locales. «Solíamos ir a una habitación que había alquilado encima de un pub llamado The Cat, en Wavertree Road —recuerda Kelly—. No entendía muy bien nuestro estilo de música, pero nos enseñó los acordes básicos, como Do, Re y Sol7.»

Para complementar las clases de Len Houghton, estudiaron con atención un manual para aprender a tocar titulado *Play in a Day*. Era obra de Bert Weedon, al parecer el único hombre en Gran Bretaña que sabía tocar la guitarra eléctrica, un instrumento tan desconocido que fue prohibido en los programas de televisión por riesgo de incendio. Weedon aparecía en casi todos los primeros discos británicos de rock and roll, tratando de dejar a un lado su estilo orquestal y jazzístico y sonar joven y fresco.

Weedon aparecía en la portada de *Play in a Day*. Un señor de mediana edad, sobriamente vestido, con el pelo peinado hacia atrás y una sonrisa amistosa. Este manual vendió millones de copias y George, y todos los grandes de la guitarra de los años sesenta en Gran Bretaña, reconocen estar en deuda con el «viejo y querido Bert».

Cuando ya se sabían unas siete canciones del escaso repertorio de éxitos disponible de *skiffle*, George y Arthur pensaron que ya estaban listos para montar su grupo. En lugar de ponerse a buscar, algo que bien podría no haber dado ningún resultado, George convenció a su hermano Peter para que se uniera a ellos como bajista, algo para lo que no necesitaba ninguna habilidad musical.

Se llamaban The Rebels y su primer concierto, al parecer el único, fue organizado por Harold en el British Legion Club de Speke, donde a veces iba a echar un trago. «Aquella noche solo había una docena de personas —recuerda Kelly—, y ninguna de ellas menor de sesenta años— George y yo cantábamos y Peter pulsaba su única cuerda de bajo hasta que el dedo se le ponía rojo.»

»Tocamos “Last Train to San Fernando” de Johnny Duncan, “Freight Train” de Chas McDevitt, “It Takes a Worried Man” de los Vipers y “Maggie May”. El aplauso que recibimos fue, digamos, educado. Al acabar el secretario del club nos dijo: “Siento no poder pagaros chavales, pero hay un par de pintas para cada uno esperándoos en la barra”.»

La primera novia de George se llamaba Iris Caldwell y era de Wavertree. Ella tenía doce años frente a los catorce de él cuando empezaron a salir y sus encuentros no podían ser más inocentes. «Caminábamos por Lily Lane, que era como el camino de los enamorados, y nos besábamos y abrazábamos —recuerda—. Los besos de George eran los mejores. Todavía los puedo sentir en mi estómago.»

Iris era menuda y de aspecto frágil, pero enérgica y elocuente como solo saben ser las chicas de Liverpool, y le aguardaba una carrera a su manera tan asombrosa como la de George. Más tarde, después de salir con otro chico del Instituto de Liverpool que aún no entra en esta historia, se fugó de casa, se unió a un circo y se hizo trapecista.

Su madre, Vi, era una mujer de buen corazón y espíritu joven, al estilo de Louise Harrison, y su hogar en Broad Green

Road siempre estaba abierto para los amigos de sus hijos. Para George, parte del atractivo de Iris era que su hermano, Alan, lideraba un popular grupo de *skiffle*, los Ravin' Texans cuando no estaba entrenando en el club local de atletismo, el Pembroke Harriers. «George quería estar en el grupo de Alan, pero mi hermano pensaba que era un poco joven.»

Lo recuerda como una persona dulce, tímida y educada, pero el tacto no era una de sus virtudes, y nunca lo sería. Aunque Iris se sentía mayor con su novio de catorce años, las celebraciones de cumpleaños que organizaba su madre seguían siendo fiestas infantiles, con gominolas, chucherías y juegos que incluían una variante del Postman's Knock llamada Shop. Los chicos salían de la habitación y a las chicas se les asignaban nombres de diferentes frutas. Cuando los chicos volvían a entrar, tenían que elegir entre dos de ellas para ver a quién le daban un beso.

En una ocasión a George le ofrecieron «uvas» o «fresas» y como ninguna de esas personificaciones le atraía respondió; «No tengo hambre», yendo demasiado lejos incluso para el afilado lenguaje de Liverpool. «No quería hablar con él por haber hecho daño a mis amigas», recuerda Iris.

Además de ser un poco joven, otro obstáculo que le impedía unirse a los Ravin' Texans, o a cualquier otro grupo serio de *skiffle*, era su Egmond de gama baja, y buscaba por todas partes, aunque con escasa esperanza, algo más grande y mejor.

Incluso intentó construir un modelo acústico en la clase de carpintería del Inny, recortando cuidadosamente las efes en la tapa de la guitarra y barnizando el cuerpo para darle el típico acabado *sunburst*. Pero cuando tensó las cuerdas con el clavijero, «se rompió».

En aquella época había estrictos controles de importación que impedían que las guitarras americanas se vendieran en Gran Bretaña, de modo que los modelos más codiciados procedían de la entonces Alemania Occidental, en particular de la casa Höfner de Bubenreuth, Baviera. Höfner también fabricaba violines, violonchelos y contrabajos y sus guitarras estaban hechas con maderas lustrosas y nombres llamativamente estadounidenses como



Congress, Senator y President. Para los chicos británicos que estaban locos por las guitarras, el catálogo de Höfner era casi erótico, con sus páginas y páginas de formas curvilíneas y sus promesas de «acabados dorados o tostados» y «respuestas cálidas».

George conocía a Tony Bramwell desde que tenían siete años, cuando jugaban juntos en los «bombies» de la zona de Speke. Bramwell aún llevaba en el cuello la marca de una flecha que George le había disparado mientras jugaban a Robin Hood, un anticipo de lo que le esperaba como uno de los empleados clave de los Beatles.

El interés de George en esos años de adolescencia era que la madre de Bramwell era tan generosa que le había comprado no una, sino dos Höfner, una Senator y una Club 40, un primer modelo de cuerpo macizo de estilo estadounidense. «Siempre pasaba por nuestra casa en Hunts Cross para tocarlas —recuerda Bramwell—. Yo la verdad que tocaba bastante mal, pero a él parecía dársele cada vez mejor.»

George no era ni de lejos el mejor guitarrista de su escuela. Ese título estaba en manos de un chico llamado Colin Manley, que iba un curso por delante, que sabía tocar con los dedos al estilo del virtuoso del country Chet Atkins.

George no tenía una técnica tan buena como la de Colin Manley, pero tenía un oído muy bueno, lo que le permitía reproducir los *riffs* y solos del último éxito de *skiffle* tras oírlos un par de veces. Y la guitarra despertó en él a ese estudiante que el Inny nunca tuvo ni tendría. Los márgenes de sus cuadernos estaban repletos de dibujos de guitarras de todos los tamaños y formas; la atención que le negaba a la geometría o al álgebra se la otorgaba a páginas y páginas de figuras de acordes con sus cuadraditos enrejados con puntos que representaban la posición de los dedos.

Para entonces, el *skiffle* era algo más que simplemente rasguear. Lonnie Donegan había cambiado su camisa de cuadros por una corbata negra y había incorporado a la banda que le acompañaba a Denny Wright, un músico de jazz que tocaba la guitarra eléctrica, y le dio a las baladas de la era de la Depresión

un nuevo vuelo lírico con su estilo de *scating*. Wright había pasado a formar parte de los Bluegrass Boys de Johnny Duncan, cuyo gran éxito llegó en el verano de 1957, «Last Train to San Fernando», que incluía un solo de Wright a ritmo de rumba.

«Cuando tocamos “Last Train to San Fernando” en el British Legion Club de Speke, George no pudo tocar el solo —recuerda Arthur Kelly—. Un par de semanas después, pudo.»

No nos debe sorprender que Harold y Louise Harrison le compraran una guitarra nueva a su adorado hijo menor, a pesar de sus malas notas. ¡Y qué guitarra! Era una Höfner, la marca de sus sueños, y no una Congress o una Senator, sino una President, un modelo electroacústico, con *cutaway*, trastes incrustados y unos impresionantes potenciómetros. Costó 30 libras, el equivalente a unas 500 libras en la actualidad.

La compraron en Hessay's, una tienda de música en el centro de Liverpool a la que la escasez de guitarras parecía no haberle afectado. El subencargado de la tienda, Jim Gretty, era un consumado guitarrista de la vieja escuela que tocaba música country en los clubes locales. Cada vez que vendía una guitarra, este músico, fornido y bonachón, ofrecía clases gratuitas después del cierre y podía llegar a tener hasta cerca de una docena de alumnos. «George nunca se cansaba de dar clases —recordaría más tarde—. Yo le decía que fuera Hank Williams, pero él quería ser Chet Atkins.»

Aprendió de forma autodidacta con el método que conocía, escuchando un disco una y otra vez, replicando lo que oía mediante ensayo y error, con una concentración y una paciencia que nunca tuvo para sus tareas escolares. A veces, Louise se sentaba a su lado hasta altas horas de la madrugada, procurando no distraerle, pero animándole en silencio, mientras sus dedos buscaban el traste adecuado de su President, hasta que, al final, sonaba la nota correcta.